

tarios en su rechazo radical de toda manifestación autoritaria, se opone, sin embargo, a las tesis colectivas de Kropotkin para aproximarse a la corriente individualista de un Max Stirner: «No hay arte donde no hay estilo, no hay estilo donde no hay unidad, y la unidad emana del individualismo», escribe en su polémico ensayo «El alma del hombre bajo el socialismo», que data de 1895. A lo largo de las 136 páginas que componen esta obra, Reszler va estableciendo conexiones entre los diversos teóricos del pensamiento anarquista y determinadas figuras y movimientos artísticos. Así ve, por ejemplo, en «Le livre» del simbolista Mallarmé una prolongación del proyecto wagneriano de síntesis de las artes a la vez que un antecedente de la obra abierta y aleatoria de nuestros días.

Libro, pues, éste pleno de sugerencias pese a su brevedad y a su carácter de divulgación, y especialmente oportuno por cuanto se señaló al principio respecto de la afinidad entre la sensibilidad estética contemporánea y el espíritu ácrata. ■

**JOAQUIN RABAGO**

## El drama del ideal anarquista

Dos libros de reciente publicación en España (1), si bien de orientación y alcance distintos, coinciden temáticamente en el problema, en las vicisitudes y en el oscuro drama de los ideales anarquistas, uno referido a la tradición ácrata rusa y otro a la española.

Los anarquistas rusos, de Paul Avrich, profesor del Queen's College de la Universidad de Nueva York, estudia con entonación histórica este

(1) Paul Avrich, *Los anarquistas rusos*. Traducción: L. Lovelace. Alianza Editorial. Madrid, 1974. 330 páginas. Vladimiro Muñoz, *Antología ácrata española*. Ed. Grijalbo. Barcelona, 1974. 202 páginas.

movimiento desde que, como protesta social organizada, apareció relativamente tardío en Europa a finales del siglo XIX y principios del XX, y equivalió a la rebeldía contra el «proceso acelerado de centralización política y económica que la revolución social trajo consigo», igual que las actitudes liberales y socialistas, sólo que dotado de un radicalismo libertario superior o utópico que sin duda contribuyó a su propia destrucción. La *Antología ácrata española*, preparada por Vladimiro Muñoz, anarquista asturiano nacido en 1920 y colaborador de la revista *Reconstruir*, con sede en Buenos Aires, se encamina fundamentalmente mediante la inserción de textos breves debidos a autores distintos y minuciosas cronologías, a destacar la bibliografía de dos de los anarquistas españoles más relevantes, a los que define como preclaros hijos del país: Anselmo Lorenzo y Ricardo Mella.

Ya se sabe bien que en relación a su base teórica e ideal (el Ideal, escrito con mayúscula), el anarquismo luchó o lucha contra el Estado y el capitalismo, y por una revolución social que, tras barrer la civilización burguesa, aboliría todo principio de autoridad política y económica —según define Avrich— y conseguiría un tipo de sociedad descentralizada, cooperativista y libre. El carácter del anarquismo ruso, pese a nutrirse de las primeras nociones occidentales impartidas por Godwin, Stirner y Proudhon, adquiere una fisonomía más particular a partir de Bakunin y de su discípulo Kropotkin, así como del propio contexto social ruso, plenamente represivo. En todo el proceso revolucionario ruso, polarizado por los años clave de 1905 y 1917, es importante juzgar el papel desempeñado por los anarquistas, que contribuyeron, aun quedando aplastados en el envite, a la instauración

del Régimen socialista soviético. Tanto Bakunin como Kropotkin, instintivos, idealistas, fiados en el poder de improvisación de las masas y en su bondad natural, diferían notablemente de las concepciones marxistas, por lo menos en cuanto a los métodos para acceder al reinado de la libertad y la justicia. Es curioso y terrible constatar cómo los anarquistas rusos, primero enemigos del Zar hasta el más descabellado martirio, fueron luego también enemigos virulentos de los bolcheviques y de lo que ellos llamaban, en contra de la expresión «dictadura del proletariado», la dictadura del partido.

La visión de Avrich, eminente historiador, es muy compleja. De una parte queda claro que los anarquistas estaban «locos» y que su rechazo de todo amago de autoridad impedía organizarse y llevar a cabo un programa, y de otra parte, la honestidad, entereza, revolucionarismo

extremo y valor suicida de los anarquistas le sirven a Avrich de base —quizá inconscientemente o víctima de las añagazas formales insertas en el propósito de aislar una temática— para criticar, sin que aparezca evidente la intención, todo el sistema socialista soviético, que al lado de los ideales anarquistas —eliminación total del Estado, autogestión obrera, trabajo voluntario, sustitución del salario por la «necesidad» de cada uno, almacenes comunales, cooperativas artesanales, ejército guerrillero espontáneo— se delinea como opresor, autoritario y casi «reaccionario», víctima de un proceso de autoritarismo que si bien al principio precisó la ayuda anarquista, luego tuvo que aplastarla para sobrevivir o al menos para obtener la consolidación gradual necesaria que autorizara la gran sociedad futura desestabilizada. Contrastado con el anarquismo, que es hasta la fecha la más profunda radicalización de reestructura política y social, con su exasperado halo terrorista y su débil armazón dialéctica, cualquier sistema de protesta resulta tibio y morigerado, y sin duda la mística ácrata, esa «oscura crónica de prisiones, deportaciones y muertes», donde hizo presa particular y terrible el suicidio (Páver Goldman, Antón Nizhoborskii, Kólosov, Rosótvsev, Ushakov, la Prisiashniuk, etcétera), dinamizó con su frenesí libertario la toma de conciencia en la lucha contra la injusticia.

Durante la época de Stalin, el anarquismo ruso agonizó en las cárceles y en el exilio. Dice Avrich que sus últimas esperanzas e tuvieron depositadas en el dramático papel de los anarquistas en la guerra civil española, país, junto a Italia, donde los bakuninistas habían conseguido establecer fuertes organizaciones gracias al impulso revolucionario que caracteriza a los pueblos depauperados que verdaderamente no tienen nada que perder. «Pero la de-

rota de la izquierda en España fue la última campanada para el movimiento».

Anselmo Lorenzo, Ricardo Mella y Fermín Salvochea son las tres figuras más destacadas del anarquismo español, del verdadero y genuino anarquismo español que al decir de Vladimiro Muñoz, antólogo bien documentado, no es «terrorista», «anarcolectivista», «comunista libertario» ni «anarcosindicalista», sino anarquista sin adjetivos, cultural y esencialmente ético, lo cual, dicho sea de paso y desde nuestro punto de vista, resulta un tanto ambiguo: las anteriores propuestas agotan la línea teórica y hasta práctica del credo anarquista y no se comprende bien qué podría ser un anarquismo «cultural» y «ético» si al mismo tiempo no se relaciona con algunas de las fórmulas antes citadas.

La *Antología ácrata española* contiene textos breves de Rafael Altamira (la impugnación de Darwin por Kropotkin), Ramón de la Sagra, Fernando Tarrida del Mármol (que desarrolla la idea del «anarquismo sin adjetivo» en una admonitoria carta dirigida en 1890 al semanario libertario francés *La Révolte*, comunicación que perfila el estilo organizativo y los métodos de penetración del anarquismo en la sociedad española e ilustra un poco sobre el sentido del anarquismo «sin adjetivo», que viene a ser algo así como un propósito de lucha contra la desunión de los diversos grupos y tendencias), Eleuterio Quintanilla (estudioso de Mella), Prat, Malatesta, Abad de Santillán, Falaschi y, naturalmente, textos de los propios Lorenzo y Mella, cuyas cronologías —principal aportación de Muñoz— comportan una muy sustanciosa historiografía del movimiento ácrata ibérico (2), que alcanzó su culminación en el Segundo Congreso de la Federación de Trabajo-

(2) De Anselmo Lorenzo se ha reeditado recientemente en España su obra principal: *El proletariado militante*. Ed. Zorro. Bilbao, 1974.



## RÉCITAL DE RAMON ANDRES

Ramón Andrés nació en Pamplona hace veinte años. Compone poemas desde siempre, y un buen día decidió ponerle música. No lo hizo sólo con sus propias composiciones (casi siempre sobre su tierra), sino también con las de sus poetas preferidos: Miguel Hernández, León Felipe, Antonio Machado, Carlos Álvarez y Alberti están entre ellos. Capítulo aparte merece para Ramón su gran amigo Blas de Otero, sobre cuya obra ha basado la suya. Su muy



proyectado y esperado disco va a estar dedicado en su mayor parte al poeta bilbaíno. Ramón Andrés ha dado ya muchos recitales en Cataluña, en escenarios muy diversos: Universidades, Colegios Mayores, Ateneos, Conservatorios, Polideportivos, emisoras de radio, y en Televisión, en el programa «Nueva gente». Tiene gran ilusión en unas actuaciones para los obreros españoles en Francia, que realizará durante septiembre y octubre. A Madrid le ha traído un catedrático de la Universidad, Angel Chiclana, para que actúe en los cursos que sobre España organiza la Universidad canadiense de Windsor. En el recital, Ramón Andrés recorrió con sus canciones, unas veinte, casi toda la poesía española, desde el Marqués de Santillana, pasando por el Siglo de Oro, los poetas barrocos y saltando al 98, con Antonio Machado, continuó con Alberti, Hernández, Blas de Otero, Carlos Álvarez, Manuel Pacheco y sus propios poemas. Durante más de una hora y con la sola ayuda de una guitarra cantó Ramón Andrés.

## ANGEL FERRER: DOCTOR EN CIENCIAS ECONOMICAS

Angel Ferrer ha obtenido el grado de doctor en Ciencias Económicas y Comerciales por la Universidad Autónoma de Madrid, tras su defensa de la tesis «Teoría general de la comunicación comercial», que ha sido calificada con sobresaliente «cum laude», siendo dirigida por el catedrático de Econometría y Métodos Estadísticos, profesor Antonio Pulido San Román. La tesis «Teoría general de la comunicación comercial» constituye probablemente la más importante obra general sobre este tema desarrollada hasta la fecha. Este es el trabajo que por primera vez recoge muchas de las técnicas recientemente aplicadas a la publicidad o que se están desarrollando actualmente en este campo. Sería posible afirmar rotundamente que



en España y Europa es la más importante obra general sobre este tema. Su extensión es de 1.361 folios (aparte, 20 páginas de índice) y se recogen 1.064 citas bibliográficas. Se ha basado en los siguientes trabajos del autor: el esquema básico sigue el utilizado por el autor en su obra «Publicidad 70», que ganó el Premio Nacional de Investigación de la Publicidad en 1968. Se incluye una vez revisado y ampliado el trabajo por el que le fue concedido al autor la beca de la Fundación Juan March en el año 1972. E igualmente se incluyen los trabajos por los que le concedieron al autor el Premio Gardoqui en 1972-73. Y está basado en el trabajo y la investigación que el autor viene desarrollando en los últimos doce años. Angel Ferrer es subdirector general de Publinsa, profesor de la Facultad de Ciencias Económicas y de la Facultad de Ciencias de la Información de Madrid.

dores de la Región Española, celebrado en Sevilla en 1882, y degenera a partir de la fatídica bomba arrojada en Barcelona contra una procesión religiosa (1896), que mató a doce personas inocentes e hirió a treinta y cinco, seguida por el asesinato de Cánovas del Castillo, hechos de una grave proclividad terrorista e insensata en los que el anarquismo «progresista y pacífico» (palabras de Muñoz) niega, naturalmente, su responsabilidad, y Mella, como otros destacados combatientes intelectuales, fue de los primeros en denunciar con su bienintencionada, pero al fin y al cabo retórica prosa, pues al final de las grandes palabras («allá, en la lejanía, asoma el sol fulgente de la nueva vida»), de inspiración proudhoniana y federalista, hay más dialéctica (discursiva) que materialismo dialéctico, el método repudiado por ellos y que, con el tiempo, ha llegado a tener mayor peso específico, filosófica y prácticamente hablando.

De cualquier manera —no aspiramos a dar una referencia más amplia—. Los anarquistas rusos, de Avrich, y Antología ácrata española, de Muñoz, que sigue muy de cerca al historiador Max Nettlau, ayudan a contemplar con perspectiva esa dramática línea que, por encima de su martirio, confusión y quiebra, abrió un surco en el incremento de la conciencia por una sociedad menos injusta. ■

EDUARDO TIJERAS.

## DISCOS

### David Bowie: La difícil evolución del «glamour»

Uno de los fenómenos que supuso un ma-

yor cambio en la música «pop» angloamericana en la transición de la década de los sesenta —la de los Beatles, la contestación estudiantil y la psicodelia— a ésta de los setenta en que vivimos, fue el «gay-glam rock», que vino a ser en un momento dado la expresión musical de un amplio deseo de liberación corporal. Si bien este tipo de música-espectáculo en el que se hacía hincapié sobre la bisexualidad supuesta de los participantes —actores y cantantes— había sido puesto en práctica con anterioridad por el conjunto Velvet Underground o por Marc Bolan, quien realmente le dio nombre y le prestó su personalidad fue David Bowie, que supo encarnar en su primera época al payaso cósmico liberado, imagen desde luego más atrayente que todos los maestros y gurús que habían invadido el campo de la música «pop».

Desde luego, Bowie fue siempre únicamente una imagen: su dominio de las técnicas escénica y musical servían para cubrir, como máscaras, un vacío ideológico total; en ningún momento fue militante de movimientos de liberación sexual, sino que se sirvió de éstos como de un trampolín para alcanzar mayor éxito en su profesión de artesano. Aunque careciese de la sinceridad desgarrada de un Lou Reed o de la espectacularidad expresionista de Alice Cooper —los otros dos grandes del «gay»—, su dominio de la música y el oportunismo de su campaña de promoción hicieron de él la figura más importante del «gay rock».

Los seguidores del Bowie «gay» quedaron atónitos cuando en el verano del 74 sacó su álbum «Diamond Dogs»; en él abandonaba su estilo decadente, oscilante entre Jacques Brel y el Velvet Underground, y se lanzaba por un camino que ya habían seguido los Stones: asimilaba las téc-

nicas del «rhythm and blues» negro, aunque sin perder un ápice de su perfeccionismo esteticista. El espectáculo que montó para promocionar su disco en América resultó también sorprendente: abandonó el efectismo bisexual y extravagante para adoptar un estilo digno de Broadway o de Las Vegas. El doble álbum grabado durante su gira americana, «Bowie Live», fue una sorpresa mayor aún, pues entroncaba directamente con la «soul music».

«Young Americans» (1), último LP de Bowie editado en España, es al mismo tiempo una regresión y un cambio total con respecto a la producción de su autor, e incluso a su personaje: vuelve a los temas empalagosos de sus principios, sin abandonar tampoco sus nuevas influencias de la música negra americana. Colaboran con él John Lennon y Tony Visconti, que hace los arreglos de cuerda. Está grabado con un sentido artesanal de lo que ha de ser la música, y esto le da una gran calidad sonora. Sin embargo, es un disco que falla: falla por su monotonía y por la falta total de imaginación de Bowie. Nunca ha estado éste sobrado de imaginación; en sus primeros tiempos esto no importaba mucho, porque su papel era el de interpretar los sentimientos de una mayoría. Ahora sí importa: «Young Americans» es, por causa de esta falta absoluta de imaginación creadora, un objeto industrial de consumo masivo, sin mayor interés que el de estar bien grabado y bien concebido musicalmente. Bowie sigue el camino de Bryan Ferry, y hace una música nostálgica del pasado que oscila peligrosamente entre el «pop art» y el «kitsch». El «gay rock», en lo que a David Bowie respecta, ha muerto. Felizmente existen otros conjuntos y otros músicos —Kiss, Lou Reed, etcé-

(1) «Young Americans», así como «Diamond Dogs» y «Bowie Live», han sido editados por la casa RCA.